

TIERRA Y LIBERTAD

Número suelto: 10 céntimos

Redacción y Administración: Calle de Tallers, núm. 16, 2.º

Paquete de 30 ejemplares: 2 Ptas.

La Verdad salvadora

Los anarquistas somos depositarios de una verdad vivificante y salvadora, y de ella queremos hacer partícipes a todos nuestros compañeros de trabajo en primer término, y después a todas las clases sociales, con el propósito de establecer la libre, justa y bella concordia que debe existir entre todos los que forman la grandiosa comunidad humana.

Esa gran verdad es esta: *Todos los hombres nacen y permanecen libres e iguales en derechos. El objeto de toda asociación política es la conservación de los derechos naturales e imprescriptibles del hombre.*

Esa verdad no es un descubrimiento nuestro, ni tampoco de la burguesía triunfante que la proclamó en la Constitución y la renegó en la gobernación de los Estados modernos; es obra humana, de elaboración pensosa y larga, que comenzó por la dolorosa protesta del primer oprimido bajo la acción del primer usurpador guerrero, sacerdote o gobernante, y será definitivamente práctica con la destrucción de toda tiranía y la participación de todos y de todas en el patrimonio universal.

Esa verdad ha sido mitificada, oscurecida y, como la luz parabólica del Evangelio, no se ha dejado que alumbrase al mundo sino que se ha puesto bajo el almud.

El tercer estado, víctima de los privilegios de la aristocracia y del clero, quiso ser todo, según la expresión histórica de Sieyès, y lo fue; pero viendo tras de sí en infima categoría a los trabajadores, a los descendientes de los esclavos y de los siervos, juzgándolos inferiores, quiso gozar las duras del triunfo ejerciendo sobre ellos su soberanía, y por más que entre los derechos fundamentales del hombre enumeró el derecho de propiedad, dejó subsistente el concepto de propiedad entendido según el derecho romano, por el cual no sólo muchos hombres no pueden ser propietarios, sino que el hombre es la cosa del hombre, y aunque declaró abolida la esclavitud y la servidumbre, se reservó el derecho de acesión, ¡malvido derecho! ¡recurso infame! por el que el propietario holgazán despoja al trabajador del fruto de su trabajo. Universalizó, sí, un derecho, el de sufragio, el de votar a sus gobernantes, pero le hizo absolutamente ineficaz dejando a los trabajadores, por efecto de la explotación y de la usurpación a que viven sujetos, sumidos en la ignorancia y en la consiguiente abulia.

La burguesía, imitando a la Iglesia que por la fe, la obediencia y la oración nos promete la gloria de ultratumba, inventó o renovó la democracia, y por el voto y por el acatamiento a las promesas de sus candidatos, nos promete la felicidad terrena, infiriendo al trabajador la ofensa de considerarle inferior, como un menor necesitado de protección.

Y esa mitificación es preciso que acabe. Hace más de medio siglo que el Proletariado, considerándose clase aparte y como un renuevo que desecha todo lo podrido y malo para formar una sociedad regenerada y racionalmente viable, se constituyó internacionalmente en entidad progresiva y revolucionaria, en esa actitud perseverante, a pesar de vicisitudes favorables o adversas, y durante su vida ha dado poderoso impulso a la sociología, la ciencia de la sociedad justa, demostrando que «la propiedad de la tierra y de los medios de producir, así como la transmisión hereditaria de esa propiedad» (congresos obreros de Bruselas y de Basilea, 1868-69) es inhumana e incompatible con el libre desarrollo de una sociedad de paz, de justicia y de felicidad.

En ese proletariado de que forman parte todos los asalariados del mundo, y del que no debe apartarse ninguno para escuchar la timadora elocuencia de los políticos profesionales, tienen su puesto los trabajadores todos, y como tales los de esta región, muchos de los cuales, por desgracia suya y para daño de todos, se interesan por esas entidades burguesas llamadas Solidaridad catalana o Antisolidaridad, las cuales, contando con la sumisión de sus secuaces, han barajado en sus comités los nombres de los candidatos con inusitado desprecio caciquil de ese mismo derecho de sufragio que tanto ponderan, ya que se abrogan el poder de entregar las candidaturas formadas en vista de las más mezquinas y repugnantes ambiciones a la pasiva aceptación, no del cuerpo electoral, que no es tal cuerpo con cualidades vitales, sino a la masa tupida y compacta de los electores.

Trabajadores republicanos, a vosotros principalmente nos dirigimos, ya que los partidos monárquicos liberales no cuentan con vosotros para nada, y los trabajadores que dan vida al carlismo suelen ser atávicos rematados inutilizados para toda obra progresiva; os seduce, os engaña el jacobinismo burgués, el radicalismo republicano, que si ofrece una vía al parecer grandiosa de libertad y reforma, resulta al fin un callejón sin salida, porque no tiene, no puede, ni quiere dar solución al problema propietario, y con la república que os promete seguiréis siendo jornaleros, productores de frutos naturales, de frutos industriales, de frutos civiles, de grandes riquezas, como les sucede a los trabajadores de todas las repúblicas, quedando vosotros siempre a merced de las condiciones económicas artificialmente creadas por el capitalismo.

¿No veis cómo luchan contra la burguesía imperante los trabajadores de Francia, de Suiza y de todas las repúblicas americanas? ¿No comprendéis que las mismas luchas que han de sostenerse hoy bajo la monarquía habrán de sostenerse mañana bajo la república? ¿No veis que mejor que abdicar ante los candidatos es preferible agruparse, formando sindicatos obreros inteligentes y fuertes para hallar y practicar por sí mismos las soluciones racionales y prácticas, acabando por arrollar la monarquía, y además ese burladero burgués llamado la república?

El jacobinismo republicano pudo tener razón de ser en 1793 y enorgullécese de contar un Danton entre sus hombres eminentes, cuando los privilegiados del antiguo régimen conspiraban en la emigración contra la república; que a los ojos de los antiguos oprimidos representaba la revolución triunfante y la espe-

ranza del planteamiento de los más bellos ideales; no en nuestros días, en que nuestros revolucionarios, caricaturas dantonescas, esperan ver saludada la futura república española por un alza en la Bolsa como muestra de simpatía y confianza que le otorgará su colega la república francesa, que ya tiene a su cargo los horrores de la semana sangrienta y que poco menos que oficialmente ha declarado que le sobran de cinco a seis millones de trabajadores.

Si todo eso es cierto, evidente, innegable, trabajadores, vuestro puesto está, no en los comicios, ni en los casinos burgueses, donde, por no remediarle, el mal social se perpetúa, sino en los centros obreros, sociedades de resistencia, círculos de estudios sociales, donde se elabora conciencia, ciencia y acción necesaria para la gran obra de justicia que el progreso nos tiene encomendada.

¡Trabajadores, cumplid con vuestro deber! Grupo "4 de Mayo"

Y si en la grande, rica y dominadora Roma había esclavos sumidos en la mayor abyección para el trabajo, para el circo y hasta para engordar en los lagos las murenas que se servían en las mesas de los potentados, así también tras muchos siglos de cristianismo, de filosofía, de ciencia y de evolución progresiva hay en nuestra civilización moderna jornaleros no menos miserables, que trabajan y que mueren de fatiga, cuando no de hambre en su patria ó en la emigración, porque el progreso industrial, monopolizado por la burguesía, los reemplaza por la máquina.

Con la diferencia de que antes el esclavo era cosa despreciable, fuerza animal no más, con la que no se contaba para nada fuera de lo que constituía su infamada condición, y hoy el jornalero es ciudadano con las prerrogativas nominales anejas a condición tan elevada.

Y así seguirá siendo en repúblicas y en monarquías, con revoluciones políticas ó sin ellas, mientras lo que es de todos sea poseído

Constituyamos una fuerza organizada capaz de enseñar los dientes, como se dice vulgarmente, a cualquiera que intente restringir el derecho de palabra y de reunión; seamos fuertes, y podremos estar seguros de que nadie nos discutirá el derecho de hablar, escribir y publicar lo que queramos.

El día que, unidos los explotados, podamos salir en número de algunos miles a la calle, a tomar directamente la defensa de nuestros derechos, nadie intentará disputarnos los ya conquistados y reivindicaremos a nuestro favor otros muchos a los que tenemos derecho. Entonces, y sólo entonces, habremos adquirido derechos que en vano pedíramos durante decenas de años a las Cortes; además, la garantía de esos derechos será bastante más sólida que si estuviera escrita en papeles más ó menos limpios.

Las libertades no se dan, se toman.

P. KROPOTKINE

libertad que los gobiernos no han podido ahogar.

Pero, se nos objeta a menudo, si en verdad el sufragio universal no sirve para labrar la felicidad del pueblo, ¿cómo se explica que los gobiernos no lo conceden nunca voluntariamente y hasta se oponen con todas sus fuerzas?

Explíquese esto un poco por la ignorancia, el miedo, y la ceguera conservadora de las clases dominantes, pero sobre todo, por el hecho real de que con el advenimiento del sufragio universal se verifica un cambio de lugar, de intereses y de personal gubernativo, cambio temido por quienes están en funciones y pueden salir perdiendo. Pero cambiar de gobernantes no significa de modo alguno que el pueblo vaya a estar mejor.

Únicamente el sufragio universal podría ser útil y es cuando la experiencia de su funcionamiento demostrare su falacia a los que de él esperan beneficios. Sería una ilusión menos y otro error eliminado.

En la mayoría de los casos los hombres no llegan a la verdad sino después de haber recorrido todos los errores posibles.

Pero aun este último beneficio no puede obtenerse sino a condición de que haya quien combata con energía contra esta mentira, pésima entre las pésimas, con que se engaña al pueblo.

ENRIQUE MALATRA

Los Parlamentos

Un personaje de *Tancredi*, novela de Disraeli, llama al gobierno representativo una «bufonería siniestra». ¡Un Parlamento! Era hace mucho tiempo una panacea en el espíritu público. ¡Un Parlamento! Era la rúda fundamental de un Estado libre. Pero una experiencia costosamente adquirida ha vuelto sospechoso el régimen parlamentario como sistema ideal de gobierno, y donde quiera que exista un Parlamento, la frase sarcástica de Disraeli se encuentra justificada más ó menos.

Un joven filósofo italiano, Scipion Sighele, ha publicado un estudio psicológico del parlamentarismo. Su análisis nos enseña que, en razón misma de su origen y de su composición, un Parlamento es inferior en talento, en sagacidad, en juicio a cada una de las unidades que lo constituyen. Aun haciendo abstracción de la venalidad que precede algunas veces a su elección y del interés personal que inspira sus votos en ciertos días; aun suponiendo, hipótesis inverosímil, que represente lo más notable de la Naturaleza; aun admitiendo que represente la mayoría de los electores, a menudo no es más que el producto adulterado de los sufragios de la minoría; un Parlamento no es más que el resultado de una sugestión mesmeriana ejercida sobre el espíritu de las muchedumbres por el periódico y por los mítins. La masa es un esclavo que cree proceder con plena libertad.

Una vez reunidos en Asamblea deliberante, los diputados a su turno se convierten en una batahola, una colectividad fatalmente impotente, sin sistema de ideas, procediendo según las sugestiones del momento, desprovistos de buen sentido aun cuando estos diputados sean hombres de genio, y votando leyes incoherentes, como el Jurado pronuncia veredictos absurdos.

E. DAUDET

El derecho al sufragio

Todo lo que debe decirse sobre el voto electoral puede condensarse en pocas palabras: Votar es lo mismo que abdicar.

Nombrar uno ó más patronos, por un período más ó menos largo, es lo mismo que renunciar a la propia soberanía.

Que sea monarca absoluto, príncipe constitucional, ó simple mandatario, el candidato que eleváis al trono ó a la poltrona, será siempre vuestro superior.

Nombráis hombres que están sobre las leyes ya que ellos se encargan de decretarlas y porque su misión es hacerlas obedecer.

Votar es de tonos.

Es lo mismo que creer, que hombres como nosotros, adquiriremos en un momento, con el trin trin de una campanilla, la virtud de saber y comprenderlo todo. Vuestros mandatarios debiendo legislar sobre todas las cosas, desde los filósofos hasta los buques de guerra, desde la agricultura hasta el exterminio de las tribus rojas ó negras, os parece a vosotros que su inteligencia aumenta en razón directa de la obra a realizar; mientras que la historia os enseña que acontece todo lo contrario. El poder siempre crió locos, como el parlamento crió siempre infelices. En las asambleas soberanas la mediocridad prevalece de una manera fatal.

Votar es querer provocar traiciones vergonzosas.

Sin duda, los electores creen en la honradez de aquellos por quienes votan y quizás con razón los primeros días, es decir, cuando los candidatos están aún en el fervor de la primera pasión.

Pero todo día tiene su mañana.—Apenas el ambiente cambia, cambia también el hombre. Hoy el candidato se inclina ante vosotros y quizás mucho; mañana ensoberbecido, os pisoteará. De mendigo de votos se transformará en vuestro patrón.

¿Por ventura el obrero que llega a ser jefe de taller puede ser siempre el mismo que era antes de recibir el alto favor de su patrón? ¿No encorva sus espaldas el democrata logoso cuando el banquero se digna inviarlo a su oficina, cuando los señores del rey le hacen el altísimo honor de admitirlo en las antecámaras? La atmósfera de los cuerpos legislativos, es malsana para la respiración; mandando a sus candidatos a un ambiente de corrupción, ellos no debéis asombraros si de allí salen corruptos.

Por lo tanto no abdicáis.—¡No votéis! En vez de confiar la defensa de vuestros intereses a otros, defendedlos vosotros mismos! En vez de buscar abogados para que os propongan un modo de acción futura, obrad.

Las ocasiones no faltan a los hombres de buena voluntad.

Cargar sobre los otros la responsabilidad de la propia conducta, es prueba de bellaquería.

ELFISRO RACLUS



Este es el país de la Olla donde el pueblo vive de promesas y muere de desengaños.

A través de los siglos!

Está admitido por la rutina, aunque no por la razón, que ésta hila más fino, que el gobierno de cada uno por sí mismo es imposible.

Y está no menos admitido, aunque sea no menos racionalmente inadmisibile, que lo que uno sea incapaz de hacer para sí, puede hacerlo bien para los otros.

Tal es el fundamento del gobierno como teoría y como práctica, como derecho y como hecho; de donde se origina la política, de la que, definiéndola, dijo uno: *La política no es ciencia, ni arte, ni oficio, sino arteificio*; cuya definición resumí otro en esta disyuntiva: *Sólo hay dos maneras de gobernar los pueblos: por la fuerza y por la farsa*; lo que los gobernantes modernos condecorados con el título de grandes estadistas resuelven en esta fórmula mixta: *La democracia es el gobierno del pueblo por el pueblo*, en que participan por igual la farsa y la fuerza combinadas.

A esa altura nos encontramos: el arteificio del mando, sostenido sólo por la fuerza, sería ya la debilidad, porque no hay mandarán obedecido en nuestros días por autoridad propia; hoy se manda por consentimiento popular tanto como por delegación divina, por abulia ó por ignorancia, por la gracia de Dios y la Constitución como expresan las monedas de cierto cuño.

Puede decirse que a la fuerza gubernamental fundada en el derecho divino, ya desacreditado, ha sucedido la fuerza gubernamental fundada en el sufragio universal, que tiene todavía candidatos creyentes; ambas originadas en análoga superchería, pero la última dotada aún de la fuerza necesaria para imponer la obediencia.

Y así vivimos sin que la legislación avance, y por eso florece en nuestros días la propiedad tal como la concibieron y la consignaron los decemviro romanos en la ley de las Doce Tablas hace ya la friolera de dos mil trescientos y pico de años, concordada con la legislación vigente, producto de una revolución tremenda, que la engañó con la tan famosa como estril Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano.

por algunos, y en tanto que la riqueza social, producida por la ciencia y por el trabajo, esté a merced de los ricos improductivos poseedores de millones de monedas, y se acabará cuando los trabajadores desprecien la charlatanería democrática de todos los candidatos más ó menos triunfantes, y se propongan organizar racionalmente la producción y su distribución, lo que tendrá efecto a partir del día en que, expropiados los usurpadores, entren todas y todos a gozar de su correspondiente participación en el patrimonio universal.

ANSELMO LORENZO

Libertad positiva

Es evidente que en la sociedad actual, dividida en siervos y señores, la verdadera libertad no puede existir; y no existirá nunca mientras haya explotados y explotadores, gobernantes y gobernados.

Sin embargo, no se sigue de aquí que hasta el día que la revolución anarquista lo haya barrido todo, deseemos nosotros ver la prensa amordazada como en Alemania, el derecho de reunión anulado como en Rusia, la inviolabilidad personal reducida a lo que es en Turquía. Siendo como somos esclavos del capital, queremos escribir y publicar lo que bien nos parezca y deseamos poder reunir y organizar como nos plazca, precisamente para sacudir el yugo del capital.

Pero es ya tiempo de que comprendamos que no es a las leyes constitucionales a quienes hemos de pedir derechos. No es en una ley, en un pedazo de papel que puede romperse a la menor fantasía de un gobierno, en lo que debemos ver la salvaguardia de nuestros derechos naturales. Sólo haciéndonos bastante fuertes para imponer nuestra voluntad, conseguiremos que nuestros derechos sean respetados.

Queremos tener la libertad de hablar y escribir lo que sintamos, el derecho de reunirnos y organizarnos? Pues no debemos esperar que el permiso nos venga del Parlamento ó que una ley mandada al Congreso ó al Senado nos autorice.

Fragmento

Con el sufragio universal los legisladores salen de la mayoría, y de esta mayoría de legisladores, es la parte más reaccionaria quien hace las leyes. De aquí resulta que la ley la hace efectivamente, la minoría, pero la minoría más atrasada.

Añádase a esto la ilusión que se forjan las minorías más progresivas de poder ser pacíficamente mayoría y se dejan paralizar por la legalidad, y quedará demostrado cómo el sufragio universal, muy lejos de ser un instrumento de emancipación y de progreso, es al contrario, el medio más eficaz para comenzar y consolidar la opresión... cuando no un medio para ir retrocediendo.

Dad, por ejemplo, el sufragio universal en Italia, y en lugar de haber realizado un progreso habréis instaurado un dominio, peor del actual, de los curas y grandes propietarios rurales.

¿Es que nosotros queremos el dominio de las minorías? ¿Queremos lo que se llama el despotismo ilustrado?

De ningún modo. Primeramente, porque no admitimos que nadie tiene el derecho de imponerse a los demás ni siquiera para labrar su bien, ni creemos en el bien labrado a la fuerza; en segundo lugar porque cada uno cree tener razón y preciaría un tribunal supremo para fallar quien la tiene; y finalmente, porque cuando se trata de imponerse por la fuerza y dominar, no son los mejores aquellos que poseen las cualidades adaptadas para ellos y que lo logran, sino los más fuertes y los violentos.

Nosotros creemos que el único medio para emanciparse y progresar, estriba en que todos tengamos la libertad y los medios para propagar y actuar las propias ideas, y esto es precisamente la Anarquía. Entonces las minorías más avanzadas persuadirán y arrastrarán a las más atrasadas con la fuerza de la razón y del ejemplo.

Por lo demás, así es como ha progresado siempre la humanidad, gracias a aquella poca